

San Agustín

La vestidura nupcial (Sermón 90)

Sobre las palabras del Evangelio de San Mateo (22,1-14) donde se habla de la boda del príncipe. Contra los donatistas acerca de la caridad.

1. El doble banquete del Señor.— Todos los fieles conocen las bodas y el festín del príncipe real; saben también cómo la mesa del Señor se halla dispuesta para quienes tengan voluntad de gustarla; pero, si a nadie se le cierra la entrada, con-viene mucho saber las disposiciones con que ha uno de allegarse. Las Sagradas Escrituras, en efecto, nos enseñan que hay dos festines del Señor: uno adonde viene buenos y malos, otro adonde los malos no tienen acceso. En este banquete del Señor del que ha poco hablaba el Evangelio, hay buenos y malos: eran malos todos los que se excusaron de ir; mas no todos los que fueron eran buenos. Me dirijo, pues, a vosotros, los buenos comensales de este banquete; a los que tomáis en serio lo dicho—por el Apóstol—: Quien come y bebe indignamente, se come y bebe su condenación. A vosotros, pues, los buenos, me dirijo para deciros que no busquéis a los buenos fuera y sufráis con paciencia a los malos dentro.

2. Aspecto malo y bueno de todos los justos en esta vida. — Vuestra caridad desea oír, no lo dudo, quiénes sean estos buenos que recomiendo no buscar fuera y estos malos a los que habéis de sufrir dentro; pues ¿a quiénes me hubiera dirigido si todos dentro fueran malos, y a qué recomendar la tolerancia de los malos si todos son dentro buenos? Empecemos, de consiguiente, con el auxilio del Señor, a resolver esta cuestión como se pueda. Bueno, si debida y sinceramente lo examinamos, nadie hay bueno sino sólo Dios. El Señor lo dice con meridiana claridad: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Nadie es bueno fuera de sólo Dios. ¿Cómo, entonces, en aquellas bodas hay buenos y malos si fuera de Dios no es bueno nadie? Ante todo conviene saber que, a cierto viso, somos todos malos; no hay que negarlo; en cierta manera todos somos malos; a otro viso, no todos somos buenos. ¿Podemos, en efecto, compararnos a los apóstoles? Y a ellos dijo el Señor: Si, pues vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos... Había entre los apóstoles, según la Escritura, uno malo, y por él dijo el Señor en otro lugar: Vosotros estáis limpios, mas no todos... Sin embargo, a todos habla cuando dice: Si vosotros, siendo malos... Oyólo Pedro, oyólo Juan, oyólo Andrés, oyéronlo igualmente los once apóstoles restantes. ¿Qué oyeron? Vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos; ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide! Oyéndose decir malos, desesperaron; oyendo cómo al Padre celestial era padre de ellos, respiraron. Malos como sois, dice; y ¿qué merecen los malos sino el suplicio? ¡Cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos...! Y ¿qué se les debe a los hijos sino el premio? Y así, la calificación de malos inspira temor a las penas; da

de hijos reanima con la esperanza de la herencia.

3. Quienes sean los malos excluidos del banquete. — Estos, por ende— los apóstoles—, eran malos a una luz y buenos a otra, ya que, habiéndoles dicho: Vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, añadió de seguida: ¡Cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos! Padre, consiguientemente, de malos, a los que no ha de abandonar, por ser médico para sanarlos. Así que, por un lado, eran malos; estimo, no obstante, que los convidados del padre de familias a las bodas del rey no pertenecían al número de los que se dijo: Convidaron a buenos y malos, ni ha de incluirlos entre los excluidos del festín en la persona del hallado sin vestidura nupcial. Digo, pues, que de algún modo eran malos los buenos y en algún modo eran buenos los malos. Óyele a Juan por dónde eran malos: Si dijéremos que no tenemos pecado, nos seducimos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. He aquí su aspecto malo: tenían pecado. ¿Bajo qué aspecto eran buenos? Si confesáremos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad. Mas ¿podemos traer aquí esta interpretación, que se apoya, como habéis visto, sin duda, en la autoridad de la Escritura sagrada, y decir que unos mismos hombres eran a la vez buenos y malos, buenos por una parte y malos por otra? ¿Podemos explicar en este sentido las palabras: Se convidó a buenos y malos, es decir, a quienes eran buenos y malos al mismo tiempo? No; esto es inadmisibile, porque hubo allí un invitado sin ropa nupcial, a quien no sólo se le echó de la sala, mas se le condenó al eterno suplicio de las tinieblas.

4. Carácter representativo del Expulsado. — ¡Cómo!, se dirá; en total se reduce a un hombre sólo, y ¿es de extrañar que a los siervos del padre de familia se les colara entre tantos uno sin traje de boda? ¿Hubiérase por uno sólo dicho: Invitaron a buenos y malos? Atended y entendedme bien, hermanos míos. Este hombre—único—representaba una categoría; en realidad eran muchos como él. Tal vez diga un oyente quisquilloso: "No me cuentes figuraciones de tu caletre; pruébame que aquel uno singular era una pluralidad." Con el favor de Dios lo probaré hasta la evidencia y no iré muy lejos por la demostración, pues con la ayuda del Señor hallaré luz en sus palabras, y por ministerio mío él os hará ver la verdad palmariamente. Veámoslo. Entró el padre de familia para ver los convidados. Observad, hermanos, que a los servidores no se les encomendó sino invitar y traer a buenos y malos; ved que no se ha dicho: "Miraron con atención los siervos a los convidados, y vieron allí a uno sin traje de boda, y le dijeron..." No; no dice así la Escritura. Es el padre de familia quien le descubre y le interroga; quien le halla y le separa. Pero, aunque no esté fuera de lugar esta observación, otra cosa nos habíamos propuesto demostrar: cómo aquel uno era una pluralidad. Entró, pues, el padre de familia a ver a los convidados, y halló a un hombre sin el vestido nupcial, y le dijo: "Amigo, ¿cómo viniste aquí sin traje de boda?" El enmudeció. Era tal quien interrogaba, que toda ficción hubiera sido inútil. El vestido que le faltaba no era el exterior, sino el del corazón; si del exterior se tratase, los servidores lo habrían echado de ver. Dónde se lleva, en efecto, esa vestidura nupcial, vedlo en el salmo que dice: Vístanse tus sacerdotes de justicia. Y de la misma vestidura dice el Apóstol: Supuesto que seamos vestidos, no desnudos. Fue, pues, el mismo señor

quien halló lo que los servidores no vieron. E interrogado el culpable, enmudece, y se le ata, y se le expulsa, y se le condena a él sólo entre tantos... Pero yo, Señor, he dicho antes que hay aquí un aviso para todos los hombres. Recordad, en efecto, conmigo las palabras que acabáis de oír, y comprenderéis de seguida cómo este convidado, personalmente uno, es representante de muchos. Uno sólo era ciertamente a quien interrogó el Señor, uno a quien dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí?; uno quien enmudeció; uno y el mismo para quien se dijo: Atadle las manos y los pies y mandadle a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Por qué? Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos. ¿Quién podrá resistir al brillo de esta verdad? Enviadle, dice, a las tinieblas exteriores. ¿A quién? A ese convidado, único, sin duda, a propósito del cual dijo el Señor: Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos. Luego son pocos los no arrojados afuera. Ciertamente era uno sólo quien carecía de traje nupcial. Arrojadle. ¿Por qué se le ha de arrojar? Porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos. Dejad a los pocos y arrojad a los muchos. A la verdad, era uno sólo; pero éste solo era una pluralidad, cuya equivalencia superaba en mucho al número de los buenos. También los buenos son muchos; pero, al lado de los malos, son pocos los buenos. Por muchos que sean los granos de trigo, son pocos al lado de las pajas. Muchos absolutamente, pocos en relación de los malos. Muchos en sí; ¿cómo probarlo? Vendrán muchos del oriente y del poniente. ¿Adonde? Al festín donde entran buenos y malos, pues del otro banquete dijo en seguida: Y se recostarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. A este—segundo—banquete no tendrán acceso los malos; y es necesario, para llegar a él, sentarse dignamente al que ahora tiene lugar. En resolución: los mismos son muchos y son pocos; muchos en sí, pocos en relación a los malos. ¿Cuál es, en consecuencia, la enseñanza que nos da el Señor? Al encontrar allí al convidado sin traje nupcial, lo que dice es: "Arrojad fuera a los muchos; déjese aquí a los pocos." Porque declarar, en efecto, que son muchos los llamados y pocos los escogidos, ¿no es, evidentemente, revelarnos quiénes son los convidados dignos de ser admitidos a este otro festín donde los malos no tendrán asiento?

(Tomado de Obras de San Agustín, Tomo VII, Sermones, B.A.C., pág.434 y ss.)